

CAPÍTULO I

DÍA DE ANIVERSARIO

Viernes, 8 de octubre

Llevo dos lexatines, una tila y una hora y 50 minutos pegada al teléfono. No me lo puedo creer. Me he quedado pegada a la pared desde que he abierto el sobre, emocionada, y me he puesto a leer la carta del TP. Premio a Toda una Vida, Dios santo. ¡Dios santo! Tengo sesenta y un años, todo el mundo me echa cincuenta, o menos, y me quieren «honrar» con un premio que debería tener mi madre o la abuela de Letizia Ortiz. Pero qué se habrán creído, ¿que pienso retirarme? Aggg. Esto debe de ser una maniobra del jefe de la cadena para poner a la insoportable y jovencísima Luchi Lobo en mi horario. Si no es así no lo entiendo. Se supone que me debería sentir orgullosa, feliz, alegre, emocionada, buscando vestido para la gala, pensando en la dedicatoria del premio, llorando de satisfacción, contándoselo a mis amigas... ¡Mucho más!, que debería estar dando saltos por el

salón como una perra en celo chorreando babas y, sin embargo, me va a estallar la cabeza.

Vieja, si es que me están llamando vieja. Como si estuviera corrompida, putrefacta, fermentada de años. Pero tal cual. Así, con todas sus letras. VIEJA. V-I-E-J-A. «Toda una vida», toda una vida, tooooda una vida... Me sé la carta de memoria. Podría recitarla con la misma intensidad que la bruja de Luciana da los politonos de móvil al 5554. Tengo ganas de salir a la escalera y ponerme a gritar como una descosida, pero no lo haré porque soy una señora. Bueno, porque soy una señora y porque ayer me puse el bótox en la cara para la cena con Ramiro y no es cuestión de echar a perder la sesión.

11.30 h.

—Marga, llevas dos horas comunicando.

—¿Ramiro?

—Sí, querida. Soy yo. No hay manera de hablar contigo. Siempre igual.

—¿Qué querías? —le contesté seca, queriendo que me dijera «qué te pasa» y así desfogarme a gusto. Pero no, él no se da cuenta de nada, podría venir un tsunami y quejarse de una ligera humedad en el ambiente.

—Pues saber a qué hora hemos quedado, la cena, Marga. La cena de nuestro aniversario.

Tal cual. Es un caldo de arroz, sin sustancia. Con menos gestos que un rínger de Texas.

—A las diez —le dije. Confieso que se lo he dicho casi

dramatizando un forzado titubeo de telenovela colombiana.
«Aaa laaas dieeez.»

—Muy bien. ¿Te recojo en algún sitio?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—No sé...

—Marga, ¿dónde te recojo?

Callé unos segundos para hacer visible mi malestar, para que leyera en la pausa mi angustia vital provocada por un maldito premio que —todavía— no merecía.

—¿Marga? ¿Marga? Estos putos móviles... —se quejó—. ¿Marga? ¿Te recojo o no te recojo? ¿Me oyes bien?

—No te preocupes —susurré—. Estaré esperando dentro, tengo cita con la manicura y no sé cómo ni cuándo acabaré —esto último me había quedado muy dramático, muy total. Muy final de película de Olivia de Havilland. Pero no. Ramiro es impasible al desaliento, frío ante el calor.

—De acuerdo. Besos.

Doce minutos más tarde estaba tirada en el sofá. Aterrada. Me puse a mirar la agenda del móvil en busca de amigas compasivas y terapeutas, Conchita era la que mejor me podría entender. Ella sabe lo que es tener un marido que te lleve por el camino de la amargura, que te den un premio antes de tiempo y aun así estar monísima siempre. Como yo. Pero no era momento de llamarla. Casi estuve a punto de marcar el teléfono de la presidenta de mi club de fans para que organizara una manifestación de protesta. Descabellado, claro. Pero es lo que tiene sentirse perdida. Seguí

buscando amigas en la agenda... ¡Claro! En horas de zozobra hay que maniobrar con patrones de altura, así que de entre todas mis íntimas camaradas inseparables, Marina Cuesta es la que estaría preparada para la tormenta que, presentía, se avecinaba.

—Marina, ven a casa. Te necesito. No puedo hablar por teléfono, estoy fatal.

—A ver, hija, ¿qué te pasa? —este tono era típicamente de Marina, seguro, maternal incluso.

—Estoy... —no podía articular palabras—. Vente, *please*. Además, por teléfono llevo dos horas hablando y me da que me graban, últimamente graban a todo el mundo...

—¿Tu crees?!

—... desde lo de la Obregón no puedes ni pedir una pizza tranquilamente, Marina.

—¿Qué cosas tienes, Marga! Ahora mismo voy, tengo la galería de cambio y he dejado a los interioristas con la nueva distribución. ¿Te llevo algo?

—Huy, no necesito cuadros... estoy saturada... pero si no te importa pásate por el Starbucks y tráeme un café *moka tall* sin nata y doble *shot* de café.

—Lo de siempre.

—No, no... con doble *shot* de café. Tengo cena con Ramiro y quiero estar despierta.

—Te veo en un tris —me consoló con su tono.

Marina Cuesta tiene una galería de arte. Bueno, tiene dos. Una en Madrid y otra en París. Ha sido directora de ARCO

durante cuatro años y se pasa el día eligiendo. Eligiendo ropa, eligiendo cuadros, eligiendo chulos para tirarse, eligiendo bolsos, eligiendo restaurante, eligiendo revistas, eligiendo clínicas, eligiendo telas, eligiendo regalos, eligiendo nuevas promesas del arte... En los últimos cuatro meses ha perdido ocho kilos con la dieta disociada, así que además se los ha pasado eligiendo en los menús la manera de cuadrar proteínas sin tocar un gramo de carbohidratos. Me envió la dieta escaneada por *mail* con anotaciones realmente interesantes: «Desayuna café con leche descremada y una tostada o dos de pan integral con mermelada diet, procura que sea de esa de la que no lleva etiquetas, está más rica y será el único sabor dulce de todo el día. A media mañana una fruta, ni se te ocurra plátano, claro. Puedes optar por un yogur sin tropezones desnatado. Almuerza carne o pescado. Y la cena igual. Te salvarán las sardinas de lata y los huevos duros. Olvida todas las P; me explico, verás: ni patatas, ni pasta, ni postre, ni pollas... ja, ja, ja. Cuando tengas hambre, un té. Nada más. Te quedarás divina. Si tienes ganas de alcohol bebe vino (esto te va a costar poco, borrachuza)».

Marina estudió en el Liceo Italiano pero domina también el francés y el inglés a la perfección. En el colegio del consulado aprendió a ser una experta en las relaciones públicas, se maneja como nadie con empresarios, marchantes de arte o ex ministros; uno de sus ex estuvo al frente de la cartera de Cultura en los ochenta, así que consiguió hacerse una de las agendas más importantes del país. «Marina es intocable», me repite siempre Ramiro porque no la soporta.

—¿Tú crees que es normal que se gaste una fortuna en ese chucho lameculos que mete en un bolso?... ¿cómo se llama?

—*Massiel*.

—No, la perra ya sé que se llama *Massiel*, que ya le vale, me refiero al bolso en el que lleva todo el día colgando al pobre animal.

—Es un Chanel. Y es precioso.

—Un chucho en un Chanel.

—A ti qué más te da, Ramiro.

—Mira, Marina no es normal...

—Le tienes manía.

—... que se gaste tres mil euros en un bolsón para que se lo cague y se lo mee el pobre animal. ¿Eso te parece normal? Y tampoco es de recibo que se gaste el presupuesto del Getafe en unas vacaciones para que se relaje del estrés de la capital. ¿Tú ves normal un masajista para un perro? ¿Tú crees necesario que lo alimente de paté?

—Es que la pobre *Massiel* sólo quiere paté de finas hierbas, ¿qué va a hacer Marina?, ¿matar al perro?

—No estoy hablando de que mate al perro, ¡coño!, sino de que sea sensata.

Ramiro no la soporta. Marina no soporta a Ramiro. Y yo... yo no soporto que haya perdido tantos kilos porque ahora lleva una talla menos que yo. Este año es la cuarta vez que sale como la mujer mejor vestida del país según el *¡Hola!* Y detrás de ella las de siempre: Paloma Cuevas, Nati Abascal, Nieves Álvarez, Nuria González, Rosario Nadal... etc. Yo nun-

ca he estado en esa bendita lista. Sin embargo, ninguna de éstas estará en la de «las más queridas». Trece años llevo siendo de las cinco primeras, ¡trece! Y puedo comprarme todos los Valentinos y todos los Suárez que llevan ellas si me pongo rumbera. La periodista Azucena Roncal me lo ha dicho mil veces, que no entiende cómo no me ponen entre Cari Lapique y Tessa de Baviera si les doy dos mil vueltas a alguna de las teñidas. Yo tampoco lo entiendo, pero si se creen que me irritan colocando a otras en los primeros puestos se equivocan. Hijas de puta. A veces es mejor no salir porque una empieza a leer la lista por el final (como los periódicos) y... aggg... mejor irte directamente a los horóscopos. Paloma Barrientos siempre me recuerda: «Hija, a nosotras qué más nos da, con no parecer a estas alturas Fabiola de Bélgica tenemos bastante».

Últimamente mi amiga Marina se ha fijado en un artista joven argentino, un tal Pato Antelme, que yo creo que se está tirando. El anterior «protegido», Arístides Quiñones Campusano, era un venezolano que conoció en un mercado de arte de Montevideo, justo donde fue a relajarse quince días después de la ruptura con Tristán Velo de Castro. Pato tiene veinticinco años, el venezolano, veintitrés y el gallego, veintiuno. Todos juntos suman la edad de su ex marido, sesenta y nueve. Patricio, Pato, la tiene loca. Yo no entiendo de arte y no sé si tendrá futuro el chaval, pero entiendo de hombres y sé que su mejor arte con Marina no está en esa especie extraña de miniesculturas que tanto le muestra. Será que tiene el tótem escondido.

—¿Qué te parece, Marga? —me dijo mientras me alargaba un grifo.

—Un grifo.

—Maaaaaarga, por el amor de Dios, no caigas en la bobería de todo el mundo. Pato recrea el maltrato del mundo desarrollado en unos objetos cerrados, mudos ante la opulencia de Occidente. Tú, querida, ves un grifo de Roca pero es un grito de angustia, un canal que se cierra ante la posibilidad de los que pueden abrirlo. Un objeto que pide una mano. Una obra que necesita de alguien para ser abierta. Cerrado es la opresión, abierto es la vida. A ver si me explico...

Y se quedó tan ancha. Yo seguía viendo un grifo monomando de acero cromado que en pocas semanas acabaría exponiéndose primero en la Bienal de Valencia, por obra y gracia de la hermanísima del ex consejero del ex presidente, y después en la Bienal de São Paulo, una de las más importantes del mercado latinoamericano. Ahora el chaval es conocido y millonario, así que no tardará en buscar madrinas mejores y, fundamentalmente, más jóvenes. A Marina le da igual, en el fondo es consciente de que ella y su colchón son un pasaporte a la fama, al *top* de los más considerados en el arte. Es la mejor.

A las doce me he quedado KO. Son las 12.47 h. Qué mala mezcla los lexatines y la tila. Con un gin tónico de Zafir lo soluciono. Y si no, me meto un Red Bull, que me pone como una moto.

12.50 h. Llamada a Boris. Debe de estar en casa pero no contesta, desde que ha venido de Nueva York «más enamo-

rado que nunca de Rubén» no coge el teléfono ni muerto. Intento de nuevo. Nada. «Me he vuelto a enamorar», me repite últimamente. Qué cosas. Lo mismo me tengo que ir con Ramiro a la City a ver si se me anima la entepierna y pongo las bujías a punto.

12.53 h. Llamada a Natalia. Su marido está de gira y me dejó dicho que me pasara por casa. Ring, ring. «La señora no se encueeeentra. Estará en su celular.» Claro, la llamaría al móvil, pero no sé qué he hecho que al enviarle un mensaje de móvil he borrado el número. Me pasa cada dos por tres. ¡Ya no hacen teclas para mis uñas...!

—Su gin tónico bien servido, con tres cubitos, doña Margarita —Zulema me deja el vaso sobre la mesa. Perfectamente servido. Es divina. Los pantalones parecen nuevos cuando los plancha, las camisetas como si las sacara de la estantería de Burberry, las faldas bien estiradas en la percha, las blusas por colores, del crema al azul marino (blancas y negras en su zona), los zapatos son cosa mía, pero los limpia tanto que alguno tiene más brillo... que podría revenderlos en un telemaratón. ¿Pegas? Pues que en la cocina repite un poco los menús, pero al menos hace un gazpacho que te chupas los esmaltes, parece hija predilecta de Dos Hermanas, siempre a punto, siempre fresco, siempre a mano para abrir la nevera y servirme un vasito... El café me lo trae de Colombia, pero ya no sé cómo explicarle que no lo intente meter en las capsulitas usadas de la Nespresso. «Es una pe-

na tener que tirarlas, tan lindas, señora.» «Da igual, Zulema, déjalo.» Es la mejor. Me tiene un botiquín que ya lo quisieran en la Rúber y un mueble bar que es la envidia de las amigas. ¿Que quieres whisky?, todos, ¿que quieres ginebras?, todas, ¿que quieres ron?, todos, ¿que quieres vodka?, más y mejor. Tengo la sensación de que sirve copas en Fortuny cuando me voy de finde al parador de Aiguablava. O lo mismo me monta en casa saraos para celebrar el día de Bolívar y se hace la reina de la barra americana. Me da igual. Prefiero no verlo, yo sólo veo las faldas ordenadas por colores. Menos mal, que si no fuera por ella... Ay, no sé. Si no fuera por ella estaría perdida.

—Señora, se había quedado dormida. He abierto un poco las ventanas, pero debería sentarse en el porche, hace un fresquito bueno para el mes que estamos. Le sentará bien. ¿Necesita algo más? Me tiene preocupada...

—Gracias, Zulema. No te preocupes por mí... déjame sola...

Zulema se ha quedado en la puerta del salón, junto al cuadro de Antonio de Felipe que me recuerda que una puede ser joven eternamente. El canalla me dibujó en colores rojos y naranjas, con un collar de perlas que me regaló Ramiro, sin una puñetera arruga. A Inés Sastre la dejó que parecía la mismísima Audrey Hepburn. Claro que eso no tiene mérito, lo plausible fue ver cómo dejaba hecha una quinceañera a Sara Montiel, lisa como una carretera recién asfaltada. Qué arte, coño. Yo me veo reflejada en un cuadro de dos por dos, enorme según mi hija, pero pequeño para lo que yo

quería, como una artista de cine del cinemascope. Porque yo no soy del Dolby Surround, yo soy del cinemascope. Le di una foto y me devolvió un mes después la obra envuelta en papel de estraza (de aquel con el que envolvían en mi pueblo las sardinas de caja), con una nota y un ramo de flores blancas, como a mí me gustan. No me lo quiso cobrar. Marina dice que es demasiado pop, pero a mí me encanta. Me hace sentir tan joven y tan Warhol. Soy muy de las *Happy Few*...

—Zulema... ¡Zulema!

—¿Sí?

—Tú crees que... —dudo mientras me muerdo el labio inferior— estoy... —no sé cómo decírselo— sigo... estando... ¿joven?

—La señora está bellísima —me contesta como dejándome en paz—. La señora está bellísima siempre. Nadie diría que...

—¿Qué?

Zulema se ha quedado fría en el marco de la puerta. Y no me extraña. Se ha metido en tal jardín que o se sale de él bien podado y fumigado o la pongo a pintar cenefas de jarrones chinos en el garaje con laca de uñas. Me he quedado helada, más que el gin tónico que llevo entre manos. No habrá querido insinuar abiertamente que «estoy bellísima a pesar de mi edad», o peor, «que nadie diría que soy una vieja». O mucho peor: que soy mayor. Aggg. Ya puede agarrarse a la Virgen de Guadalupe porque o sale de ésta o se hace el camino al Machu Picchu de rodillas con el cuadro de Antonio a sus espaldas. Uggg. Tengo que tragar saliva.

—¿Qué has querido decir? ¿QUÉ HAS QUERIDO DECIR? ¿Nadie diría qué? ¿Que qué? Eh...

Cogió fuerte el pomo de puerta y me miró como si estuviera loca.

—Disculpe, señora. No, no, no. Nadie diría, digo, que la tienen que maquillar en la tele... yo la veo estupenda siempre.

La respuesta es justa y calma mi estado de ánimo. Por un momento hasta el cuadro de Antonio de Felipe ha abierto los ojos como una gata pisada y yo me he puesto como las cobras en alerta. La mala pécora es rápida. Lo que decía yo. Es la mejor. Por eso la tengo con los papeles, con todos, y hasta tiene a una hermana bien cerca, a cien metros; nos la trajimos para que se quedara con los Spinolla-Hernández de Bohórquez, que viven dos parcelas más abajo, y dos sobrinas que trabajan en un Masajes a Mil haciendo uñas.

—Suena el timbre, señora.

—Debe de ser Marina.

—Voy a abrir... —Zulema sale hacia la puerta. Huye, diría yo.

A mí, mi trabajo me gusta. Los estudios no están muy lejos de mi casa en la Moraleja. Sobre las ocho tengo el coche de Fernando en la puerta, me espera lo que me cuesta tomarme un café y ponerme las gafas de sol. Llueva o trueque no me las quito hasta que mi Anita empieza con la reconstrucción. En el coche voy sentada detrás, así dejo el bolso y me da para ir cómoda hojeando *El Mundo*, *El País*, el

Abc y *La Razón*, me llegan por correo a casa y siempre se los queda el chófer. Tampoco es cuestión de subir cargada hasta mi despacho como si fuera la cerillera de Dickens. Es la segunda planta. Llevo trece temporadas y tienen la santa costumbre de, cada dos, cambiar la redacción como si fueran unos grandes almacenes, para que te pierdas. Al principio, cuando llegué a esta cadena, todo estaba en el edificio A, a los cinco años pasamos al B, primera planta, en los últimos años hemos recorrido todas las redacciones del edificio C. Al menos el plató se ha mantenido firme en la misma nave durante trece años. Miento, la tercera temporada nos pasaron —por obras— al de *Los niños hablan*. Bajamos seis puntos, yo no sé si sería por el plató, porque la cochina de la Otra había empezado un *reality* con camareras de whiskería que iban en pelotas todo el día o, esto es lo que más me fastidia, porque el plató era gafe.

—O nos cambiáis de plató o rescindo el contrato. Tú verás —le dije al productor ejecutivo.

—No podemos, Margarita.

—¿Que no podéis? ¡Estamos bajando de audiencia! —le espeté en medio del pasillo.

—Y qué culpa tiene el plató... ¿No serán los contenidos?

Lo habría matado. Tenemos desde hace años las mejores entrevistas, los mejores invitados y los mejores redactores, que curran como el que más y cobran como todos. ¡Los contenidos!

Acabamos la temporada en un 17, pero a la siguiente estábamos en nuestro plató de siempre. Hubo que desalojar a

la puñetera de *Cosas de quinceañeras*, que había heredado mi plató y la magia del estudio, claro. Con un programa de mierda estaba haciendo 24. Los que debería haber hecho yo durante esa maldita temporada. Eso sí, tuve que llamar a mi vidente de cabecera para que me hiciera una limpia con inciensos y sus cosas. Puso tres velas a quemar sin que se enteraran los de escenografía y bajo unas tablas yo escondí tres bolsitas con arroz, lentejas y cristalitos de Egipto. No soy supersticiosa pero no le hago ascos a un «arreglito» floral. Mi Cristo de Medinaceli lo sabe porque se lo repito cada viernes de marzo. «Ecce homo, he aquí a la mujer.» Le hablo como Pilatos se dirigía al pueblo judío entregando al Hombre, ofreciéndome para que no me quite la audiencia. ¿Qué necesidad tiene la gente de dejarme por otra?, ¿qué necesidad?... Por eso yo me voy siempre a los Capuchinos de Madrid, me cuelo benditamente con la amabilidad de alguna fiel/admiradora y pongo mis velitas. Tres. Una por mi madre, otra por mi hija y otra porque estemos siempre por encima del 20%. Luego me voy a tomarme algo al Palace, que me pilla tan cerca, para recuperar fuerzas con unas tortitas con nata y quitarme los tacones un segundito. Benditas alfombras gordas.

La audiencia me cuida, pero yo también la cuido. La última temporada hemos tenido una entrevista en exclusiva con Carmen Martínez Bordiu recién llegada de París, hemos sorteado dos piezas únicas del Pazo de Meirás, horrendas pero auténticas, sacadas del trastero de la Collares; entrevista con Jesulín, que nos enseñó todas sus ambiciones, incluida la casa; sorteamos diecisiete orejas disecadas que colapsaron la cen-

tralita de la cadena; dimos en vivo y en directo la operación de vesícula de la folclórica y el cambio de sexo de una concursante de *reality*; conocimos a una señora que hacía collares con piedras del riñón de su marido, que, por lo visto, tiene un organismo que los fabrica sin dolor y cada dos meses, una exclusiva de escándalo; además, una pintora manca guatemalteca me realizó un retrato pintado con los pies —también en directo— que fue una maravilla de observar, y, para acabar, una vidente que... que...

—Las cartas me dicen que hay un cambio muy importante en su vida; diría yo que algo para toda su vida.

En su momento no entendí nada. Hoy, después de abrir el correo, lo he entendido todo.

Pero es que por mantener el 20 no sólo me entrego y me voy a los Capuchinos, es que, además, me he hecho la procesión del Cristo de los Alabarderos, la del Divino Cautivo, María Santísima de los Siete Dolores, ¡a bajo cero!, el Cristo de la Vida Eterna y Nuestra Señora de la Paz en palio de respeto. A la iglesia de San Ginés también me suelo pasar, no por el chocolate, que también, sino por ver a la Virgen de la Soledad, que tiene una de las caras más bonitas de Madrid. ¿Alguien da más? Pues, por si fuera poco, llevo en la cartera dos escapularios y tres estampas bendecidas, una de la Virgen del Remedio, otra de San Judas y la de Santa Gema de Galgani.

Todo esto me sirve. Me siento segura. Tengo el camerino lleno de regalos de mis admiradoras. Guardo poco, lo bueno; lo que me da malas energías lo empaqueto y lo devuelvo. Tengo espadas toledanas de todos los tamaños, *caganners*

de Pujol, Ronaldinho y Carod Rovira, muñequitas de sevillanas en miniatura, mantas zamoranas, figuritas de Sargadelos, vino de la Rioja, de Navarra, de Valladolid, del Penedés, de Valencia... ¡Ay, las de Valencia! ¿Por qué las de Manises tienen un afán de enviarme platos de porcelana? Echo cuentas y llevo más vajillas en toda mi carrera que *La Razón* en cinco años. Angelines, la sastra, se persigna cada vez que entra, baja un instante la mirada. Luego ya sigue con las tallas y los ajustes, pero nunca falla en su gesto delante de mi Cristo. En la pared, junto al espejo de cuerpo entero, también tengo dos cuadros. Uno que me enviaron de la asociación de bordadoras de Alborache con mi cara hecha de punto de cruz y otro, ya de color sepia, con una foto de RTVE de mi primera aparición en televisión... No me acuerdo del año, ni falta que me hace. Yo era presentadora del tiempo, vamos, yo fui la primera presentadora del tiempo del Ente. Maldonado era divino pero yo no disfrutaba. Estaba de las borrascas, de los anticiclones y de colocar simbolitos donde no tocaba hasta el *pirri*. Y no podía salir a la calle sin que me reconocieran.

—Anda, mira, ¡la del tiempo! —y yo me giraba feliz. Joven y reconocida.

—¡A ver si acierta, leñe!

Los del norte me tenían frita. ¡Ni que tuviera yo la culpa de que las nubes la tengan tomada con el tercio norte peninsular...!

Ahora lo recuerdo con cariño, el justo, pues soy de esas poco nostálgicas que tiran para adelante, olvido lo que me da la gana, pero sin duda una adelantada a mi tiempo. Que ha-

bía que ponerse minifalda antes que las demás, yo me ponía la minifalda. Que había que hacerse mechas, yo me hacía mechas. Que había que ponerse hombreras, yo más hombreras que nadie. ¡Es que me las hubiera puesto hasta en el bikini! Fui tan ochentera como hizo falta. Y eso que me hacían más pequeña. De tetas he ido servida, así que no he tenido que entrar al quirófano más que lo justo y necesario para mantenerme firme. Bueno, a nadie le importa. Una adelantada a mi tiempo, siempre lo han dicho en los periódicos. «La Gayo arrasa con la competencia», «No hay quién tosa a la Gayo», «Imparable Margarita».

Sufrí más emociones que Hermida en toda su carrera.

«El hombre llega a la Luna, la mujer a la meteorología.» Dios bendito, cómo me quedé con ese titular. Pensé que si dejaba el tiempo se iba a enfadar hasta Neil Armstrong. Qué odisea por los pasillos de TVE. Me miraban como si hubiera pintado unos cuernos en el retrato de Franco. Los que iban de modernos, pelo largo y chaquetas de pana, paraban en cafetería y susurraban «adelante, guapa» como si yo no tuviera los santos arrojados para pasarme las isobaras por el *toto*. Me corté el pelo y dejé el tiempo. Eso sí, con marca de la casa.

—A partir de la tarde crecerán nubes de evolución en el norte de Castilla-La Mancha aunque la jornada se presenta sin riesgo de tormentas de verano. En el área del Estrecho se repetirá la situación de ayer, soleado como en toda Canarias. Calor tropical en Lanzarote y Fuerteventura, superarán los 35 grados. No tan caluroso pero sí intenso será el calor en toda Cataluña, olvidándonos de los chubascos de la última

semana. Cielos despejados en casi todo el país. Pasen una buena tarde y hasta siempre.

Todo bien. En apariencia. La cuestión es que ni hubo nubes en Castilla-La Mancha ni calor tropical en Lanzarote. No paró de llover en dos semanas. Concretamente, en Barcelona todas las sillas y las floristas de las Ramblas acabaron más allá de la estatua de Colón, flotando junto al barco de la Trasmediterránea. Semejante tromba de agua no sería olvidada en años. Y mi nombre tampoco. «La Gayo abandona a tiempo.»

No me molesta, aunque soy consciente de que me llaman la Gayo. Pero el único que los tiene cuadrados para decírmelo en la cara es José Luis, de cafetería. Cada mañana, cuando llego a la tele, huelo el cruasán caliente y mi café solo doble acercándose por las escaleras cuando me los sube en una bandeja hasta mi despacho. Llegamos casi al mismo tiempo. El café, el cruasán, José Luis y yo.

—¡Buenos días, compañera! —es increíble lo enérgico que es a esas horas de la mañana, ¿a qué hora se levantará cada día?—. ¿Cómo está la Gayo?, aquí tiene lo de todos los días, su café con su sacarina y su cruasán calentito...

—Gracias, José Luis —le digo agradecida y somnolienta. Lleva los mismos años que yo en esta cadena y por su barra han pasado todos. Todos. Sabe reconocer un éxito de audiencia por cómo le piden las cañas. En el fondo, en el micro-mundo de la redacción, el único éxito rotundo de audiencia es el suyo; nadie deja nunca de pasar a verle. Por su café, por su sabiduría, por sus consejos... por su chispa. «Ay, Gayo,

qué de canallas y qué pocos quedan como los de entonces —me confiesa a menudo—. Los de ahora son unos arribistas, vienen a por la pasta y se olvidan de hacer televisión. A ellos les obsesiona hacer gimnasia y a ellas les basta con ponerse unas tetas de plástico.» Bueno, bueno, bueno. Cuando me dice esto yo sólo pienso en la risueña Luchi Lobo, que fue salir de Miss España, ponerse unas en la clínica Mallorca y tener programa para ella solita. Se me abren las carnes cuando me la cruzo en maquillaje. ¿Que me pongo por la mañana una blusa blanca?, se la pone ella más escotada por la tarde. ¿Que me compro unos Louboutin?, ella también. ¿Que salgó en sandalias de Prada?, ella busca otras con más tacón. Me enerva. Un día casi la mato. Acababan de contratarla horas antes de tropezarme con sus 95-60-90, sus veintipocos años, sus piernas infinitas, sus uñas francesas, su minifalda y sus tacones de infarto; infarto como el que me estaba a punto de sobrevenir en dos minutos.

Sala de maquillaje. Planta baja.

—Margarita, ¡qué ilusión verla! —el tratamiento de usted me parecía excesivo pero giré la cabeza, asentí con la mano al estilo Reina Madre y me volví al espejo donde me estaban maquillando. «Menuda pieza», pensé.

Mientras untaba la esponjilla en la base tono 545 Anita me explicaba al oído: «La fulana esa se llama Luchi, es la nueva chica de la cadena, ha firmado esta mañana. Fue Miss Castellón el año pasado, Miss Simpatía en el certamen de Marina d'Or y Miss Cabello Bonito, o Pelo Pantene, ahora no me acuerdo bien».

—No sabe la ilusión que me hace trabajar también en esta cadena, me encanta, me parece lo más compartir pasillos, peluquería, comedor... ¡Comedor! Podríamos almorzar juntas algún mediodía. Mi madre dice que a ver si aprendo y me convierto en una grande como usted. Tengo que imitarla en tantas cosas... tantas...

El «usted» me hacía eco entre las sienes. Pude pararla con una mirada, pero no tenía ganas de frenarla en seco. Lo mismo se atolondraba en su bobería y me regalaba cuatro o cinco cumplidos de los que suben el ánimo. Me alimento de barritas energéticas, pero también de piropos. Dicen que la Cantidad Diaria Recomendada es de por lo menos un par. Error el mío. La rubia, por simple, se estrelló.

—Ay, ay, ay... hoy mismo he firmado por dos años un contrato blindado con esta cadena. Verá que estoy megafeliz, *hiperhappy* y superalegre de formar parte del elenco de presentadoras. Me han dicho que nos van a hacer una foto todas juntas para la próxima temporada. ¡Es guay! Podíamos, he pensado... —la muchacha pensaba, sin duda, a demasiada velocidad— que estaría bien ir combinadas en algún color. Por ejemplo el rosa chicle, un salmón suave, algún turquesa... ¿Qué le parece, doña Margarita?

Anita no levantaba la mano de mi cara, iba y venía con el *eyeliner* negro dando pinceladas enérgicas para que apenas pudiera levantar los párpados. Ella, sabia como un mono de Gibraltar, suponía que tenía las pupilas dilatadas en rojo echando sangre de irritación. La rubia, ella solita, estaba de

pie, a mi espalda, frente a mi espejo, con su monólogo digno de una miss.

«¿Qué piensas de Rusia?» —tenía ganas de preguntarle a la niñaata relamida y petulante, pero me mordí los labios.

—Me parece ideal su programa, ya me gustaría imitarla. Hasta ahora he presentado en el Canal de Torresgarcía, hacía la continuidad de los espacios, decía los horóscopos y en verano he estado de playa en playa con una caravana para buscar la canción del verano... Ay, ha sido superdivertido, pero estaba cansada de tanto bikini, tanto bikini, tanto bikini; de hecho, algunos días me ponía bañador para variar, pero es que la marca en la cintura me parece terrible, además —apuntó—, al señor Torresgarcía le parecía mejor en bikini para el tipo de programa que estaba haciendo. A mí también, ¿es verano!, ¿no? Los tacones eran lo peor en la tarima que nos colocaban, era un plató móvil, ¿sabe?, sobre todo para bailar batuka, que es cansadísimo, y además, tiene algo que no soporto: hiperdesarrolla los muslos demasiado y acabas pareciendo una Nancy con los tobillos gordos. No me gusta. Ahora aquí será distinto. Empiezo un concurso de preguntas y respuestas. Regalaremos tres mil euros cada mediodía.

—Y tú... —no pude reprimirme— harás las preguntas, supongo...

No me entendió. «Las respuestas son superdifíciles», añadió aclaratoria. Anita carraspeó para que no se oyera mi puntualización mientras le decía a Christian, el peluquero, que pusiera el secador en marcha. El silencio pudo haber sido

muy bello hasta que la bendita joven se atusó el pelo con una mano llena de pulseras, se giró hacia la puerta y, en un ademán de irse, todavía tuvo su última ocurrencia.

—Doña Margarita, estoy emocionada, de verdad. Tengo que decírselo o me muero: es la primera vez que la veo en persona, y la sigo desde que era pequeña —y salió hacia el pasillo con un golpe de melena.

La habría estampado contra la foto de Emilio Aragón. «DESDE QUE ERA PEQUEÑA.» Desde que era pequeña. «¡Será hija de puta!», no me pude callar. Solté tal manotazo que los diecisiete frascos de Chanel se pusieron a punto de nieve.

Yo no soy maniática, pero a mí en mi plató no me gusta que entren pelirrojos. Se me hace raro. Me distraen la atención del público y yo acabo imaginándome que son herederos de Enrique VIII, que de pequeña me daba un mal rollo tremendo. Sólo de verme encerrada en una almena para toda la vida me ahogo, me sugestiono con el pelirrojo delante de mis narices y me falla la respiración. Bah, con eliminarlos me quedo tranquila, pero yo maniática no soy. Y eso que mi camerino es el 13. Tengo mis cosas. Siempre entro con el pie derecho, nunca me pongo prendas de color amarillo, nadie se puede poner amarillo y si pillo a alguien de amarillo sale pitando del plató aunque me quede con un cámara menos. Amarillo no, ¡coño!, por encima de mi cadáver. Las figuras de elefante en el decorado las permito, pero si veo una bicha, aunque sea pintada, dibujada o insinuada en tela, estampado o vídeo... mato. Tampoco consiento que en maquillaje, el único espacio de la televisión para relajarse, pongan la radio muy

alta. A Marifé le da por conectarse a Cadena Dial y se hace todos los *playbacks* con el cepillo de alisado. Tiene mucho arte porque «soy de Chiclana y hago lo que me da la gana» dice, tiene un pelazo largo y rizado a lo Rosario Flores y un taconeo divino, pero no es cuestión de que a esas horas de la mañana el santuario de Lourdes de la restauración parezca una *rave* de tecnofolclóricas. Cuando me voy acercando por el pasillo noto cómo bajan el volumen para que yo no me entere, pero me entero, vaya que si me entero. Con los secadores, el murmullo de comentarios y la tele bajita, lo justo para oír las noticias, me sobra y me basta para tener mis minutos de concentración sin perder detalle. Antes me gustaba que subieran a mi camerino a maquillarme y peinarme, me hacía más exclusiva y el productor ejecutivo de entonces me lo permitía; lo que pasa es que acababa por no enterarme de nada (no sé si es mejor, porque debería mantenerme al margen de todas las intrigas de la cadena) y sin enterarte acabas por no tener información. La información es poder. Y más aquí. Si en el Kremlin hubiera habido una buena peluquería no hubiera hecho falta un Gorbachov. Así que volví a maquillarme donde todas, así mato dos pájaros de un tiro: me entero de todo, me pongo al día y además por un rato no me critican.

—¿Qué, criticándome? —dije una mañana al entrar.

Las pobres estaban calladas, a sus cosas, ordenando botes, limpiando pinceles y rellenando frascos con maquillaje de granel, que es lo que se les pone a los invitados. Se asustaron.

—¿¡Nosotras!?! —se giraron hacia mí—. No, no, no. Estábamos... —dudaban— a lo nuestro.

A mí la entrada me había quedado muy Chus Lamprea-ve ante Marisa Paredes. Secuencia 29, cuando la madre irrumpe en la diminuta cocina de Rossy de Palma. «No hago nada a gusto de tu hermana. Tiene las mismas rarezas que mi hermana Petra, que en paz descanse... Es igualica que ella...» Aquello las puso firmes y prevenidas por si alguna vez sí que las pillaba criticándome de verdad. Me las he ido ganando en respeto y cariño. De hecho, no fallo ante ningún cumpleaños de todas y cada una de las maquilladoras y peluqueras, cuando toca les traigo un regalito, alguna bobería del Zara Home, y quedo estupenda. Es mejor tenerlas de mi lado. A todas. Luego me han ido invitando a sus bodas pero, lo imaginan, no es cuestión de quitarles el protagonismo en su día más especial. Si voy yo, a ver quién mira a la novia. Y lo que es más, plantarte en una boda, hacerte fotos con toda la familia o las vecinas es realmente agotador. Me conformo con el abanico que me traen de recuerdo. Qué manía les ha dado por los abanicos en las últimas celebraciones, da igual que sean civiles o religiosas; en un verano te haces con más abanicos que el ballet de Víctor Ullate. Yo en mi boda, ahora que recuerdo, di un frasquito de cristal con tres bombones. Pero, claro, es mucho más caro.

Mi maquillaje está todo en una caja con mis iniciales. MG. Todo marcado con emegé para que no vaya rondando entre unas y otras. Todo me lo compro de Guerlain, todo. Desde los pinceles a las cremas, los antibrillos, las bases de maquillaje, las sombras, los brillos de labios, los antiojeras, los correctores, los matificadores, los coloretes, rímel, lápiz

de labios, laca de uñas, perfiladores... todo. Todo menos los rizadores de pestañas, que me los traen de París. En un viaje con Ramiro descubrí por casualidad en el 176 del bulevar Saint-Germain una tienda, preciosa, que es experta en pestañas. Shu Uemura. Es japonesa, creo. Lo tienen todo ordenadito con un detalle típicamente francés que es finísimo, por colores y por números. La Depsey Water de Rosemary es fantástica para la piel, la mezclo con mi perfume y lo hago distinto, no soportaría acudir a una fiesta y que mi olor fuera reconocible. Pero no soy maniática.

13.12 h. Mi casa. Salón.

Zulema ha abierto la puerta y allí está Marina totalmente «preppy», que no es otra cosa que el buen vestir de toda la vida según los pijos de ahora, con sus gafas de sol y mi café moka en una mano. 13.12 h. ¡Oh, qué alegría! Los últimos minutos, doce concretamente, me los he pasado llorando. Y se me nota.

He llorado porque se me hace una montaña imaginarme en el escenario del Palacio de Congresos donde se celebrarán en febrero los premios TP. He subido catorce veces, tantas como me han premiado los lectores, siete como mejor presentadora y las otras siete como mejor programa. No hay otra presentadora más premiada en este país, la siguiente tiene cuatro (y dos son porque su cadena se lo amañó con los de la revista. «Había que promocionarla un poquito», según me dijeron). Yo tengo los catorce TP, dos Ondas, un Mada-riaga, un Micrófono que me entregó Luis del Olmo en Pon-

ferrada y una Antena de Oro. Pero el TP *toda una vida* me ha provocado un ataque de aluminosis en mi autoestima. Agg, qué terrible. Sé, lo presiento, que el peor momento será cuando digan mi nombre y todos los invitados se vayan poniendo en pie, uno a uno, y empiece un aplauso interminable, rotundo y merecido, hasta que ponga el tacón en el escenario, emocionada, vibrando pero segura, y ya desde arriba, desde el centro, aguante un minuto largo de ovación. O dos. Dos minutos largos de ovación. Uf. Tengo pánico a la lágrima inoportuna que me tire abajo el maquillaje delante de todos. ¡Estaré horrible! Y por mucho que quiera evitarlo con un vestido de Gucci, habrá miles de ojos observando a la «toda una vida» con aspecto de Elizabeth Taylor. Sí, bella, famosa, estrella, brillante pero... ¡vieja!

13.13 h. Marina Cuesta y yo.

—Querida, ¿tú crees que es forma de recibirme? —ha dicho Marina al verme—. Toma, tu Starbucks.

—¿Es moka, *tall*, sin nata?

—Es moka, *tall*, sin nata.

—¿Te puedes creer que me vengo abajo cada dos minutos?, ¿que me fallan las piernas?, ¿que me estoy sugestionando con que soy una mujer podrida, acabada, sin futuro...?

—Para, para, ¡para! Para, Marga, que te veo por dónde vas. Déjame que cuelgue el bolso —abre el armario de la entrada donde está toda mi colección y lo deja junto a otro idéntico—. A ver si luego me equivoco —me advierte—, que llevo las pruebas de imprenta de la exposición de Pato.

—Esto del premio TP es cosa de los de la cadena, alguna maniobra de beneplácito para largarme de la manera más fina, con aplausos y todo —digo enfurruñada.

—Estás loca. Pero me encanta. Tenemos que solucionarlo.

—No exactamente. Lo que tengo es que asumirlo.

—¿Por qué?

—Admitámoslo, Marina, estoy mayor, se me nota y me lo notan. Me van a echar con un TP DE ORO por vejestorio.

—¡Vale ya!, ¿eh?, basta de automutilarte. Mejor será que salgamos a comer aunque sea a un Vips.

—Mira qué bien, no te lo tomes a mal, pero encima la que engorda soy yo.

—Estás ceniza, ceniza, ceniza. Dos cosas te voy a decir: dame el moka ese, lo primero. No sé qué hago consintiéndote todo. Ya no son horas de picar. Y dos, Rita Navarro tiene algo estupendo, novísimo aparato parecido al LPG que te licua la grasa en cinco tardes y la que quiera estar gorda es porque quiere. Nos menean el culo para probar y, chica, totalmente gratis, ya sabes cómo es Rita de espléndida con las clientas.

(Huy, es verdad, tenía que llamarla. Me lo había apuntado esta mañana en la moleskine. Llamar a Rita. Es un remanso de paz esa camilla y esa mujer. Está pendiente de todo, allí vamos las grandes para un pinchacito o para una limpieza de cutis. Todas, hasta la Botella. Pero lo sé por mis fuentes, porque ella es una tumba, si Rita fuera puta no habría quién le sacara una chispa de la clientela.) SMS: «RITA, TE LLAMO LUEGO. URGE. BÚSCAME HUECO MAÑANA».

Zulema ha dejado entreabierta la puerta de la terraza y

se oyen los pájaros del jardín. El laurel está estupendo, la lavanda parece un almohadón árabe y los hibiscos que planté el verano pasado en tinajas han cogido el protagonismo de las rosas. Madrid me gusta. Nos hemos sentado fuera en las hamacas para disfrutar aunque sea de la pérdida de control sobre una misma.

—Marina, tengo el síndrome de Bette Davis.

—¿Qué dices, loca?

—Me voy a morir en cuanto me den el TP. Son gafes.

—Eso era en San Sebastián. Y no era el TP, coño. Era la Concha de Oro.

La he mirado como si me diera lo mismo. Porque a mí me da lo mismo. Para el caso es lo mismo. Es lo mismo que me quieran hundir a mí o a Bette Davis, que la palmó en cuanto le dieron el homenaje.

—Tienes cada cosa que no sé si llevarte al Circo del Sol o a la López Ibor. Anda, vámonos.

18.00 h. La comida ha sido un show. He venido medio borracha, o borracha entera, y Zulema ha corrido las cortinas para que me quedara dormida en el salón. Entre pecho y espalda nos habíamos zampado unos entrantes, jamón ibérico, tabla de patés, quesos manchegos variados y una lubina que ha acabado pareciendo un trabajo de macramé con tanta espina quita, tanta espina aparta, tanta espina saca de la boca, tanta espina traga con el vino, más vino, otra copa de vino, más vino, ponme... ay, ay, ay, qué risa, huy, huy, huy, el vino cómo sienta de bien, caray, caray, caray, qué cuerpo

tiene, ja, ja, ja. Hemos llegado al postre con dos botellas a repartir más el aperitivo que hemos tomado con la espera. Total, que ahora estoy tumbada pensando que mi marido y yo celebramos aniversario de bodas esta noche y no sé si estoy preparada ni para la cena ni para mi marido. Debería ir machacándome dos omeprazoles para prevenir el estómago. Ha sido una comida espantosa...

—¿Tomarán un aperitivo las señoras para empezar? —ha venido atento el camarero.

—Pues sí, la señora y yo tomaremos... dos cervezas bien fresquitas.

—No, Marina, no. Yo mejor una clara con limón; no vaya a ser que tomemos vino y me ponga mala con la mezcla que llevo hoy.

—Las dos tomaremos cerveza, fría —ha dicho Marina retándome con la cabeza—. Muy fría —ha matizado guiñándole un ojo.

—Muy bien, señoras.

—Vamos a celebrar que... a ver... ¿qué quieres que celebremos?

—Pues hoy no tengo ganas ni de brindar por los años de casada, ni por el premio, ni por mi hija que está saliendo con un rastas de Benicàssim... y menos por los datos de la última semana, nos está comiendo la perra de la competencia.

—Pues venga. Brindemos por Pato Antelme, que me está follando como no recordaba.

—¡Quieres bajar la voz, mona!, ¡qué burra eres! Ja, ja, ja.

—Ay, menos mal, ya te ríes... que habías traído una cara de menopáusica que para qué.

—NO somos unas quinceañeras.

—Pues mira, no, y mucho mejor porque ya no tengo que preocuparme por si me quedo embarazada del argentino.

—Ja, ja, ja.

—... Ni predíctor, ni pastilla, que me cambiaba el humor, ni diu, ni...

—¡Marina!

—Está bien. Está muy bien. Es cariñoso, inagotable y cuando me abraza con esa fuerza que sólo dan los veinte me entrego, me pierdo, me... Tampoco te voy a dar muchos datos, que llevas toda la vida con Ramiro y eres toooda una señora.

—Eso no quiere decir que sea una mojigata, bo-ni-ta.

—Lo sé, lo sé. Pero la experiencia es un grado.

—¿Les parece bien este vino? —dijo el camarero mostrándonos la botella—. Lo probará, ¿quién?

—Lo probaré yo —soltó Marina ladeando la cabeza con la melena y mirando al infeliz—. Si te parece bien...

—Mmmm... muy bien, señora.

—Por cierto, Marga, Nati me ha dicho que el sábado que viene hacemos el reportaje para el *¡Hola!* Tiene toda la producción en sus manos y me parece que vas a salir estupenda.

—Anda, ¿y por qué no me ha llamado a mí?, ¿o a mi secretaria? —solté sorprendida.

—Nos encontramos ayer en Suárez. Emiliano padre me ha dicho que vendrá a la exposición de Antelme, la que pienso hacer en París. Iba divina.

—¿Cuándo no va divina la Abascal?...

—Iba en vaqueros y una camisetita de algodón con una blazer azul marino. Sería de Yves. ¡Cómo lo echo de menos!

—¿A tu ex? —le solté.

—A Saint Laurent, boba.

—Ya sé, ya sé. Era broma. ¿Sabes algo de él?

—Le vi hace un mes, en el Reina Sofía, con una rubia altísima que le hacía más pequeño todavía. Le ha dado como a Sarkozy, se pone zapatos con alzas, pero ni con ésas. «Ese toritooo, el torito bravo, lleva botines...» Ja, ja, ja. Parecía su padre y... el mío. Nos dimos la mano, le di la enhorabuena por la contrata que ha hecho con las Koplowitz y punto.

—Tampoco le echés en cara que vaya con una más joven. Tú haces lo mismo.

—Ay, ya lo sé, pero yo no quiero amigos, quiero amantes. Y cuando un amante pasa a ser amigo... mal. Admito un amigo que de pronto se convierte en amante, pero al revés... ¡Buf! Chin-chin, ¡ponte más vino!

—Eso. Más vino —le dije con la mano estirada mientras volcaba la sal en la mesa—. ¡Marinaaaa!, ¡la sal! LA SAL.

Las dos cogimos una pizquita con la mano izquierda y por encima del hombro derecho lanzamos los malos augurios con tan «buena» suerte que Marina, con más puntería que nunca, la tiró encima de los comensales de detrás. Acertó de lleno en una de ellas.

—¡¡¡Ayy!!!

El «ay» era de Marisa de Borbón.

—Ay, cómo lo siento. ¡Marisa! Perdona...

—¡Marina! Huy. ¿Qué taaal?, huy, huy, no me lo puedo creer... Margarita Gayo... Vaya, qué alegría. ¿Qué hacéis? —nos preguntó mientras se retiraba del escote la impertinente sal—. No importa, no importa. Voy al baño y enseguida os veo.

—Está fantástica.

—Es supersalada.

—Y tú deja de beber vino...

—Brindemos. *Cheers!* Por ti, por mí... y por el TP.

—Qué oportuna... Cuéntame cómo es Patricio... —para esquivar el tema y en busca de información, no en vano soy periodista desde que tengo uso de razón y lo mío es la pregunta.

—Patricio, Pato, es... A ver cómo te digo... ¿Sabes a quién se parece?, pero en joven, eh. Al marido de Valeria Mazza. Alejandro Gravier. Así que imagina si tuviéramos un desliz qué hijos nos iban a salir...

—Qué arte tienes... el desliz sería de la naturaleza, guapa. Que tienes...

—Los que tú. LOS QUE TÚ.

—Pues mira, cuatro hijos tiene ya Valeria. Los mismos que Ana Aznar, ¿no?

—Ana tiene tres. Está esperando el cuarto... me lo ha dicho... —casi desvelo mi fuente.

El camarero volvió con la segunda botella de vino. Qué casualidad, justo cuando a Marina le había dado por retocarse los labios con el *gloss*. Mirada, morritos, descorche, mi co-

pa, su copa, mi brindis, tu brindis, su brindis, nosotros brindamos, vosotros brindáis... Ellos brindan. ELLOS. Al fondo, en la mesa bajo el cuadro de Sorolla, estaban los de la editorial. Justo los mismos que han decidido que es el momento de matarme en un escenario. Mi cabeza ha empezado a echar humo. «Si les gusta, si les viene bien a los señores, si quieren audiencia en esa maldita gala que nadie ve, que me preparen una bañera con agua caliente en medio de los focos y me desangro como Marat. Aunque les parecerá mejor un coche a toda velocidad, retransmitido en directo, claro, en el circuito del Jarama y con un fular me ahogo en plan Isadora Duncan. ¿O qué tal si me encierran en una torre de El Escorial custodiada por pelirrojos y me dejan morir mientras las cámaras retransmiten todo a la orden de Mercedes Milá? Por mí, como si me entregan luego a la ciencia o me disecan para la exposición *Bodies*.» Fui a encontrarme con los del Teleprograma justo en la misma sala del mismo restaurante en el que estaban ellos celebrando sus 45 años de revista y yo... yo... celebrando... ce-le-bran-do...

—Marina, ¿qué estamos celebrando? He perdido el norte con el vino.

—Qué te pasa...

—Mira quién está al fondo, en la mesa que está bajo la barca pintada...

—Bajo el Sorolla —sabe de arte, aunque un Sorolla se reconoce borracho.

—Son los del TP. Los que me dan el premio —exclamé vocalizando la última palabra. P-R-E-M-I-O.

—Pues mira qué bien. Esperamos aquí o vamos. Hacemos que nos vean o vamos a verlos. Tú eliges. Porque antes o después se van a dar cuenta de que estamos aquí. Marisa va a volver del baño, nos vamos a levantar, nos van a ver... Hija, eres la Gayo. Medio restaurante se ha dado cuenta cuando entrabas...

—Yo esperaría. Si no muero con las espigas de la lubiña... los mato.

—Ponme vino y déjate de culebrones.

Dicho y hecho. El director de la revista, que también debía de llevar unas copitas, al ir hacia el baño me reconoció y vino raudo a nuestra mesa. Insensible a mi carácter, diría yo. Me conoce desde hace años pero no sabe bien cómo soy en estado puro, en 3D. Es un hombre resuelto pero no sé si no iba a ser su mejor día. Al saludarme, de entrada, fue cortés.

—Margarita, qué ilusión verte —me dijo mirando fugazmente las tetas de Marina.

—Yo también, yo también... —dije dilatando la pausa.

—¿Te ha llegado nuestra carta? Quería llamarte yo antes, pero se empeñaron en los formalismos. Tú sabes...

—(...) —sonreí muy egipcia.

—Estamos más encantados que nunca. Sé que aceptarás el premio y que va a ser la mejor noche, para ti y para nosotros. Nada mejor que premiar a la única estrella-estrella que tenemos en televisión.

«Viva», «la única estrella de la televisión viva», pensé mientras se me iba poniendo cara de Nefertiti. Sin embargo sólo articulé, como Zulema, un «ajá».

—Lo dicho, no quiero molestar —concretó mientras remiraba a Marina—, hablamos por teléfono y precisamos todo. Será una gran noche. Homenaje a Margarita Gayo y casi medio siglo de revista. ¡Llámame para lo que necesites! —se despidió, dando ligeros tumbos.

Por un momento creí que yo era Celia Gámez y que el homenaje sería a lo Paralelo de Barcelona. Qué horror. Cada cosa en su sitio. Y cada palabra en su lugar. Yo no tuve energía para tener más que un ligero arranque de sinceridad que le dejó inseguro.

—Pepe, ¿tú crees que... es necesario premiarme? ¿No tenéis otra? Me vais a obligar a ampliar la estantería donde no me cabe un premio más, que por tener tengo hasta el de fallera de honor de Valencia...

—Qué humor tienes, Marga... eres única, no me extraña que sigas líder se ponga quien se ponga —y se fue hacia su mesa, donde estaban los satélites ideólogos del TP DE ORO.

—Míralos, Marina, agg, el escuadrón de la muerte.

—No te hagas la chula, que no has querido decirle nada.

No tenía ganas de decir nada. Estaba sin ganas. Sin ganas de decirle que me han hecho sentir una señora mayor de la comunicación, señora al fin al cabo.

De vuelta con Marina en el coche me he evadido de los temores que me provoca pensar mucho. Cuanto menos piensas, más feliz. Y cuanto más feliz menos vueltas le das. Mira cuánto sonríen los tontos. Es clave. Los quebraderos te los dan los propios quebraderos. Yo me ahogo en un vaso de

agua, pero luego no me lo nota nadie. Soy de las que salen lloradas de casa. Antes muerta que demostrar flaquezas.

SMS, BANDEJA DE SALIDA. ENVIANDO:

«RAMIRO, SI QUIERES ANULAMOS LA CENA. BS».

Me he pintado las uñas de rojo. Son las siete menos cuarto. Es entretenida la liturgia de pintarse. Uf. No sé. Ahora mismo me quito este color de puta italiana, no me convence. Me acabo de comer dos galletas holandesas con un poleo menta. Debería ducharme. Qué pereza con este resacón prematuro.

SMS RECIBIDO. BANDEJA DE ENTRADA:

«COMO QUIERAS. NO TENGO PROBLEMA».

Este hombre no tiene carácter. Claro que... mejor.

RESPONDER SMS. ENVIAR: «STOY CANSADA».

La bravura de los veinte años se va cuando menos te lo esperas. Se va a los treinta, a los cuarenta no te acuerdas y a los cincuenta ves que todo empieza a requerir un esfuerzo. A los sesenta echo de menos los arrebatos. La osadía que tenía cuando nos conocimos no la encuentro ni en las fotos.

1 SMS RECIBIDO. LEER: «COMO QUIERAS, CARI».

He sacado dos cajas, las de viajes. Me gusta tenerlas de-

sordenadas y así me voy sorprendiendo cogiéndolas al azar. La primera que ha salido es una de Sicilia. Ésta de París. Es de la primera escapada. Blanco y negro. Madre mía, qué guapa estoy. La belleza perdida me pone melancólica. Compró el billete en el aeropuerto, lo elegimos sin motivo y nos prometimos amor con un crepe de chocolate. Ahora me engorrandan. Ahora no rechazaría una cena con un «como quieras, cari».

19.00 h. En punto. Las uñas mejor de color porcelana. ¡Dónde va a parar! Ahora me ducho y me pongo la blusa de Burberry Prorsum con los zapatos nuevos beige. «Piedra. Color piedra, doña Margarita. Es perfecto para su tez.» No se puede ser más boba que la niña de esa tienda. ¿Piedra? Tengo hambre. Y no se puede ser tan complaciente como Ramiro. Tiene sangre de horchata, siempre ha tenido sangre de horchata pero los veinte años lo tapan todo, hasta los defectos. «¿Nos escapamos?» le decía yo, y él, tan guapo, me decía: «Como quieras». A mí entonces eso me resultaba la respuesta de un alma libre, de un ser sin preocupaciones, de un tipo duro, de un motero abierto al mundo y nihilista. Hoy, cuarenta años después, se ve como lo que era: un sin sangre. Que digo pan, pan, que digo vino, vino. Ea.

19.10 h. Pues nos vamos de cena. Claro que nos vamos de cena. Ahora soy yo la que tiene ganas de cena. Ñoquis al pesto, concretamente. Y si el lunes no me entran los vestidos de las pruebas en sastrería... ¡que los cambien! ¡Hombre, ya!

19.15 h. Tengo también la opción de siempre: ensalada caprese, tomate y mozzarella.

ENVIAR SMS. ESCRIBIR. TEXTO:
«YA NO ESTOY CANSADA».

19.16 h. 1 MENSAJE RECIBIDO. ABRIR. LEER: «OK».

¡¿OK?! De qué me sorprendo. Son ganas de hacerme mala sangre. Ganas de hervir. La ducha debería ser baño, debería ponerme al baño maría para que se me cierren los poros de la sensibilidad como mi madre cerraba los botes de conserva debajo de paños viejos. Y si me quedo insensible, mejor. Hervida. Indiferente a las vacilaciones de este majadero de tres al cuarto al que le da igual una cena con su mujer que una reunión de la Volkswagen. A Dios pongo por testigo de que no vuelvo a casarme con nadie ni en lo que me queda de vida ni en la siguiente reencarnación.

Mañana del lunes anterior. 12 del mediodía. Arranca cabequera programa. «Estamos en directo», grita el regidor. 5... 3, 2, 1. Dentro.

Voz en *off*. Sumario del programa: ¿es posible la reencarnación? ¿Quiere saber qué era en su vida anterior? Atentas, mamás. ¿Cómo quitar las manchas más rebeldes? Nuestro experto en salud: ¿es incurable la psoriasis? Propuestas de lencería y ropa de hogar. Muy buenos días y bienvenidos a BUENOS DÍAS, ESPAÑA. Con ustedes, Margarita Gayo. «Qué tal,

buenos días. Son las doce (mirando el reloj), bienvenidos. No es lo único que hoy tendremos. Me gustaría avanzarles que por primera vez y en exclusiva van a ser testigos de la cámara oculta que hemos hecho a unos jóvenes...»

—No se les verá la cara, dilo —indica el director por el pinganillo—. Dilo, que nos comemos un marrón, Marga.

—Por supuesto no se les verá la cara. Somos un programa serio. Unos jóvenes de 14-15 años que han decidido contarnos cómo es un fin de semana auténtico, cómo lo pasan mientras las madres y los padres estamos de cena o durmiendo. Su relato es escalofriante pero revelador. Para ello nos hemos ido a...

—No, no, no lo digas, no lo digas —me advierte la voz.

—... hasta un pueblo que no identificaremos. Al fin y al cabo, esto que verán hoy puede pasar en cualquier instituto del país. Les repito, insisto, que son sólo adolescentes. Cambiando de tercio, amigas, porque eso será un poco más adelante... ¿Qué les parece si nos metemos de lleno en uno de los temas más apasionantes que siempre nos han inquietado? La reencarnación. Para ello contamos con el padre jesuita Antonio Capella, maestro hipnótico y parapsicólogo.

—Buenos días, Antonio. Bienvenido a nuestro programa.

—Hola, bienhallada.

—¿Existe la reencarnación? —dije de lleno. Para atacar con seguridad. Soy de la vieja escuela. Bueno, de la escuela clásica. Uf.

—Existe, existe, claro que existe. A quién no le ha ocurrido en alguna ocasión que ante una imagen, situación o con-

versación se ha sentido desconcertado y ha pensado «esto ya lo he vivido anteriormente» aunque no hayamos estado en ese lugar y ni siquiera tengamos noticias de ello. ¿Verdad? Pues si nos sometemos a una hipnosis profunda lograremos recordar recuerdos que no pertenecen a la vida presente. Por ejemplo...

—... di que hoy asistiremos a una de esas sesiones... —oí por el pinganillo—, que éste se enrolla.

—Hoy, ustedes, por cierto, asistirán a una sesión hipnótica en la que...

—... una joven descubre que nació en 1798...

—Una joven descubre que ha nacido hace varios siglos, en...

—... mil setecientos noventa y ocho...

—1798.

—Efectivamente —dijo sonriendo el parapsicólogo—, hace dos siglos.

—Nuestras cámaras han estado presentes en una de sus sesiones junto a una chica que se ha prestado voluntaria a ser grabada, una joven que quería saber qué vida anterior había vivido.

—Efectivamente.

—Pero, Antonio, ¿por qué todos los que creen en la reencarnación aseguran que han sido Napoleón o Cleopatra? A nadie le da por decir que ha sido fontanero, taxista, obrero de la construcción —el público, que siempre está de mi lado, carraspeó; y se oyó alguna carcajada asertiva ante mi ocurrencia. Siempre lo hacen. Una se lo gana con los años.

—... je, je, je... —oí por mi pinga. Mi director también.

—Esto es muy complejo. No todos hemos sido Napoleón, claro —soltó el especialista a la defensiva—. Ni Marilyn Monroe, ni Walt Disney, ni María de las Mercedes... Lo que pasa es que el inconsciente es una especie de archivo gigantesco que memoriza muchas vivencias de la humanidad, es como un alma común con vidas pasadas, presentes y futuras. Asumimos como propias vidas que no nos pertenecen. Le recuerdo que la energía nunca desaparece, se transforma y, es muy probable, cabe la posibilidad, que nos pasemos la vida transformándonos en el mismo ser. Siendo siempre el mismo. Todo es cíclico, después de la noche llega el día, después de la primavera llega el verano, el otoño, el invierno y vuelta a empezar...

—... huy, ve cortándole que se cree que puede estar toda la mañana...

—Muy interesante, señor Capella. Pero... y, digo más, ¿es posible que por los gestos o las facciones de una cara, la mía por ejemplo...

—... hoy estás guapa, Marga... —la voz.

—... mirándome así de cerca usted pueda vislumbrar o adivinar qué he sido en vidas pasadas? —el público enmudeció. Ya los tengo conmigo. Sé lo que da morbo cuando tengo un buen tema entre manos. Con esto no se zapea.

—Le informo que nosotros no adivinamos, estudiamos —dijo corrigiéndome el experto—. Antes de venir hemos hecho un estudio de su cara, de sus ojos, cargados de información, y hemos podido descubrir... Habría sido mejor una sesión hipnótica, que usted hubiera hecho una regresión en

nuestro centro donde todo lo tenemos más fácil para el control de la mente.

—... a publicidad...

—Pero, bien, con los datos que tengo de usted, en otra vida ha sido...

—... a publicidad, vete a publicidad, Marga...

—Perdóneme, ya sabe cómo es la televisión. Hacemos una pequeñita pausa y me lo dice —el hombre se quedó clavado en la silla, sonó la música de sintonía y nos levantamos en el plató. Me acerqué a disculparme por el frenazo en seco. «Aquí ya sabe cómo va todo, no hay que dejar respirar a la competencia, nos vamos a publicidad en un buen momento, hay que dejarlo alto, y volvemos con más fuerza, así aprovechamos que ellos también se han ido a pausa», le expliqué. «Ya sé, ya sé, he estado dos veces en otros platós, uno en los estudios de Castilla-La Mancha Televisión y en otra ocasión en Canal 9, en la televisión valenciana», me soltó. «Pues ya lo sabe.» Salimos a fumar un cigarrillo en los siete minutos que dura el intermedio de anuncios. Una azafata se quedó con él por si necesitaba agua o conversación. Yo, a estas alturas profesionales, no estoy para dar conversación.

—El tío este mola —oí a la voz de sonido—. Ahora le suelta que ha sido Madame Bovary y nos quedamos tan a gusto... ja, ja, ja. «O Margaret Thatcher, je, je.» «Ésa está viva, gilipollas.»

—Les podéis decir a los de sonido que me cierren el pinganillo. No tengo necesidad de oír su radio macuto.

—Ay, lo siento, Marga, lo siento —dijo el regidor mien-

tras abría el walky y les gritaba un «queréis callaros o cortar el auricular de la presentadora, coño»—. Dos minutos y entramos.

El público, que también aprovecha el descanso para salir al patio, airearse, estirar las piernas y mirar si tienen mensajes en el móvil, fue entrando poco a poco hacia las gradas. «Vaaaaa, queda un minuto.» «Treeeeinta segundos, Marga.» Apagué el cigarrillo. Me senté con el experto.

—«Recuerda. Lo de la otra vida tuya» —me recordó por el pinga el director.

—Hola de nuevo. Si comprendemos la naturaleza de la mente aceptaremos la existencia de vidas pasadas... Me toca asumir qué he sido en una vida pasada, ¿no?

—Veamos. Según el Camino Gozoso de la Buena Fortuna numerosas personas piensan que cuando el cuerpo deja de realizar sus funciones después de la muerte, la mente cesa y deja de existir, al igual que una vela se apaga tras consumirse la cera de la que está hecha.

— «... ay, Dios... que has sido apicultora...»

—Otros creen incluso que si se suicidasen acabarían con sus problemas y sufrimientos, pero ambas ideas son incorrectas.

—«... ¿te estás enterando?...»

—Nuestro cuerpo y nuestra mente son entidades distintas y por lo tanto, aunque el cuerpo se desintegre después de la muerte, el flujo de la mente sigue intacto.

—«... me está dando miedo... que te lo diga ya y nos cambiamos de invitado.»

—Entonces, ¿qué he sido yo en una vida anterior? —pa-

ra finiquitar. Me iba imaginando Agatha Christie, Madame Curie, Rosa Luxemburgo, Isabel la Católica... La prensa del corazón daría el titular rotundo, «Margarita Gayo ya fue reina en su vida anterior». Huy, huy, huy.

—El cerebro es un objeto físico que se puede ver, fotografiar o someter a una operación quirúrgica. En cambio la mente no. Es energía. Y, como le he dicho antes, en algunas ocasiones unos nos pasamos la vida reencarnándonos en la misma persona siempre. Éste es su caso. Usted siempre ha sido usted.

—«... pues vaya...» —dijo mi director por el pinganillo.

—¡Qué alivio! Pero entonces, ¿qué edad cósmica tengo?

No tuve más respuesta. Yo siempre había sido yo. Bendito ignorante. Mucho ruido y pocas nueces, ni Evita Perón, ni Ava Gardner, ni la Jacqueline Kennedy ni la Callas. Por no ser, no me había dicho ni la Pasionaria. «Pues muchísimas gracias, con eso nos quedamos más tranquilos. Sobre todo yo.» Le despedí. Me quedé con las ganas de titular y de quitarme de encima tanto muerto rondando por mi cabeza. «La próxima vez traemos a uno al que no le importe hacer un arreglito al final, que tampoco hace falta que los expertos sean tan expertos», le recriminé al director. «Qué le habría costado decirme algo similar, una garantía de titular guapo.»

La ducha de las ocho y media me ha sentado mejor que los lexatines; al final, tanta farmacia es psicossomática. Pero aun así seguí rondando el tema de las reencarnaciones inagotables. Lo peor era sentir que año a año, siglo a siglo, había estado casada con el mismo. Me pasé todas las siguientes no-

ches imaginando a Ramiro de romano, a Ramiro de fenicio, a Ramiro en la Revolución francesa, en el Oeste americano, en el desembarco de Normandía... como en *Érase una vez el hombre*. Todo el rato Ramiro y yo, pegada, con toga, con sandalias, con moños, con caballos, con coletas...

Estoy lista. 21.30 h. Al final, los botines de Prada. Nada de zapatos. Pantalón y chaqueta escotada de Armani. Ya tiene cinco años y sigue igual. Me la puse en la recepción de la Embajada de Italia, en una presentación de vinos y luego otra vez, no me acuerdo si era la presentación del libro de Teresa o el estreno de *Alatriste*. Conjunto amortizado. Como Ramiro y yo. Estoy condenada a este hombre. Se me aparece en sueños. «La energía ni se crea ni se destruye, se transforma», me dijo el parapsicólogo. ¡Ja! No conoce a Ramiro, no ha habido ni la más mínima transformación. Ni cuando lo apunté a pilates, «ponte recto, ponte recto», ni en la piscina del club de golf, ni de juegos con los amigos en el pádel. No se transforma. Él no es energía, es todo masa. Es tan uniforme, tan rutinario, como el hueco que deja en su sofá.

A las diez estaba esperando dentro del restaurante tal y como le había dicho esta tarde. Calle Hortaleza. Centro de Madrid. La zona ahora me encanta, pero mira que fue un asco durante muchos años. De soltera viví en Barquillo, que era la mejor calle, en un ático dúplex que se ha quedado mi hija. Treinta y tres años, acuario... Yo era periodista en ciernes y allí nos reuníamos todas las estrellas del periodismo. Algu-

nos se han quedado por el camino, como M.A.P., que no supo entender que eran años de evolución, de cambios, de adaptarse. Ahora es concejal en un pueblo de Toledo. De urbanismo, creo. Mi casa era perfecta para recibir: una cocina mínima abierta al salón desde donde se veían los embrollados tejados de Piamonte a través de la terraza donde hacía la fotosíntesis de abril a octubre. Una escalera de caracol, puedo contar las caídas, subía a la habitación y al baño. Poca cosa más pero, ay, llena de vida, de libros y de discos. Ahora todo les cabe en un MP3, antes... Huy, me pongo mala. Barquillo 40, seguro que sigue oliendo a porros, mi hija es igual que yo.

«Su copa de Montalcino», me trae el camarero del Piu di Prima. Hortaleza, Barquillo, Augusto Figueroa, San Lucas, Gravina, Fuencarral están ahora llenas de modernas y de gays. Tengo tantos amigos gays, son tan monos y visten tan bien; con las lesbianas soy igual, las adoro. No puedo negar que son fundamentalmente profesionales, es imposible ocultarlo. «¿Le parece bien un poco de escamas de parmesano...?», mientras me deja un platito junto a la copa. Me gusta tomarme algo sola aunque sean cinco minutos. Marina dice que es un gesto de mujer autosuficiente, segura de sí misma. «Últimamente estoy segura de pocas cosas» apunto en mi moleskine. «Aquella dama desafió al destino, aquella dama desafió al destino, aquella dama desafió...» escribí sin darme cuenta.

Aquella dama desafió al destino,
Aquella dama desafió al destino,
Aquella dama desafió...

Hay cosas que no puedo negar. Cuando Ramiro entra en un restaurante las señoras se giran. Las mismas que se han girado cuando yo entro y las mismas que me lanzan sonrisas de complicidad del tipo «la sigo cada día». Yo entro con la celeridad justa para que miren bien y para ir sembrando público y recogiendo frutos. La carrera de una presentadora no se hace sólo de entrevistas y de exclusivas, también de saber estar. Cuando Isabel Gemio llevó el pelo corto todas se cortaron el pelo como ella, cuando Julia Otero se puso de punta el flequillo pasó lo mismo. Hasta Ana Blanco provocó en sus emuladoras algunas quemaduras de pelo con tanta plancha. Cada vez que te imitan, triunfas. No lo digo yo, lo dice Lorena, mi peluquera estilista. «Vienen pidiendo tu corte, el color de tus mechas», me advierte cada vez que hacemos algún cambio. Mi melena no es exagerada, pero tampoco deja indiferente. «Evidentemente, nunca repetimos.»

—Marga, ¿dónde estás? —me dice Ramiro por el móvil.

—En la mesa del reservado.

—He pasado hasta el reservado y hay una pareja de novios.

—Ramiro —me temo lo peor—, ¿dónde estás?

—En el Come Prima, donde has dicho. He llegado puntual.

—Hemos quedado aquí, en el Piu di Prima —lo sabía, lo sabía, lo sabía. Lo sabía. ¡Qué despiste tiene este hombre, por Dios!

22.20 h. Dos copas de Montalcino, dos cigarrillos. El plato de parmesano está vacío y le he dicho al camarero que no

me ponga otro, que espero al marido-que-Dios-me-ha-dado porque no tardará en llegar. Las buenas costumbres hay que mantenerlas. Cuando le conocí fue precisamente por eso, por un error. Él entonces era cámara de televisión y yo una recién estrenada reportera, la meteorología ya estaba olvidada afortunadamente. «Te vas con el nuevo», me dijo el jefe de informativos. Cogí las llaves del coche que teníamos como unidad móvil y le dije, «sube, conduzco yo, a la vuelta tú». Efectivamente. Al llegar a la puerta de la compañía discográfica Belter para una entrevista con el grupo que iban a lanzar entonces (Parchís), quedamos en que buscaba hueco, aparcaba y nos veíamos allí. Cuando acabamos semejante reportaje con las cinco fichas de colores cogió las llaves del coche y me preguntó: «¿Dónde lo has dejado?». O lo dije mal o me entendió a su estilo. Esperé diez minutos, quince, veinte, media hora... Una hora. Ramiro fue a parar a la puerta de un bar donde casualmente estaba Santiago Carrillo con un desconocido Gerardo Iglesias a quien le pasó la secretaría general del PCE poco después; los grabó charlando, nos felicitaron en redacción y pasamos a formar pareja profesional. La suerte me ha acompañado siempre.

Con Ramiro, no sé. Menú para mí: ensalada caprese. Menú para él: prosciutto di Parma con rucola, tagliatelle con pesto genovese, scaloppine al marsala con patatas y una pizca de melanzane. Carpaccio. Para compartir, un tiramisú doble. Hemos repetido con el café.

—Me voy a morir —le suelto.

—Si no comes, claro —soltó cogiendo mi chocolatina que venía con el café.

—¡Qué dices! —le digo jadeando—. No estoy hablando de la ensalada, hablo de mí.

—Hablas de ti. Pues dime.

—Pues eso, que tú y yo estamos aquí de celebración de casados, estamos callados, como siempre, no nos decimos nada, o casi nada, miramos la hora... y no pasa nada.

—Me quieres decir qué túrmix te has montado en la cabeza...

—No sé, Ramiro, dime tú.

—No cambias, Marga.

—Que no cambio, que no cambio... Me paso el día en la tele, me tengo que bregar por ser la número uno, por parecer una de cuarenta, por estar al día, por ser y parecer moderna... y estar pendiente de tu hija.

—No digas «tu hija», es nuestra hija.

—Pues eso, «nuestra». A que no sabes dónde está, a que no sabes si ha terminado, a que no sabes si tiene novio, si ha encontrado trabajo... —le dije enfadada.

—Sí lo sé, Marga. Lo sé.

—¿Lo sabes? —me ha callado con su convicción.

—Pero... ¿tú te crees que yo también soy otro espectador al que entretener? A mí no me hagas grandes frases. Y ahí te equivocas, Marga, te equivocas. Tengo sesenta y tres años, trabajo feliz y vivo feliz. Y sobre todo, tranquilo. Tú deberías también estar feliz y... —tarda en seguir— trabajar feliz. Y estar tranquila.

—¿Tú crees? —le digo titubeando.

—Sí, Marga. Sí. Te siguen, te felicitan, te premian... ¿qué más quieres?

—No me hables como si fueras mi jefe de prensa. ¿Eh? —era una forma de callarle.

—Ni tú a mí como si fuera la competencia.

La competencia de las últimas semanas estaba dando coletazos de lagartija. Les habíamos cortado en seco dos temas que estaban grabando y nos habíamos dado prisa por tener a la hija de la folclórica, al viudo de la folclórica y a la amiga de la folclórica. Cinco puntos de diferencia no bastan cuando en dirección te piden «la diferencia de siempre». La carrera acaba con mi salud. No es normal la velocidad a la que toca trabajar hoy en día, a mí me gusta estar relajada en el plató y ahora me toca ir de un lugar a otro como si fuera un títere atado a los hilos de la audiencia: el director, la cadena, los invitados, el público, la juventud... No puedo estar presentando y pensando en qué está haciendo la Otra a la misma hora, acelerar si ellos aceleran, lanzar una imagen potente de una maltratada cuando la Otra da desfiles de moda o alargar las preguntas para llegar a la publicidad a tiempo. Al principio todo era redondo.

—Al principio todo era redondo —me ha fallado el inconsciente.

—¿Qué era redondo, Marga, qué?

—Todo.

23.45 h. Es tarde. Hemos llegado a casa con la radio puesta en el coche, los deportes. Una superestrella del Real Ma-

drid está lesionada para más de un mes. Decepción por un frustrado fichaje del Manchester que no logro memorizar. Un crack del Barcelona quiere irse al Chelsea porque «no es feliz». Ramiro me ha dicho un «te quiero» que me ha sonado a rutina, como si tuviera una querencia de canción cansada. La inercia de la pareja va consumiendo las burbujas del primer «te quiero», un día lo dices y empiezas a gastarlo como un autómeta. No sé por qué me estoy acordando de Sandie Shaw en blanco y negro.

23.50 h. He colgado el Armani en la percha. Podía haberme puesto la blusa de Burberry Prorsum que compré para hoy. También los zapatos. Buf. Bajo un poco las luces.

00.00 h. «Toma.» He abierto la cajita y había unos pendientes de Vasari, son dos aguamarinas talladas en lágrima engarzadas en oro blanco. «Gracias, Ramiro.» El beso ha sido de buenas noches.